



EL AGUA Y LA PALABRA

Antología de Relatos. VIII

Alhambra. Por las
sendas del agua
PEDRO ENRÍQUEZ

Río dorado
JUAN VELLIDO

Ella entró por la
ventana del cuarto
de baño
JOSÉ ANTONIO LÓPEZ NEVOT

GRANADA MMXV

EL AGUA Y LA PALABRA

Antología de
Relatos. VIII

Alhambra. Por las sendas del agua

PEDRO ENRÍQUEZ

Río dorado

JUAN VELLIDO

Ella entró por la ventana del cuarto de baño

JOSÉ ANTONIO LÓPEZ NEVOT

Alhambra. Por las sendas del agua

PEDRO ENRÍQUEZ

LAS PLAZAS DE GRANADA son el centro del mundo, comienzo y término, historia bajo los pies. Alma de una ciudad demasiado ajena a errores que borran su memoria, a lugares donde hoy sólo transitan el sigilo del sueño o la fantasía.

Plaza Nueva: una granada de piedra se eleva sobre la fuente, los estigmas de las tazas ofrecen polen, en su corola de agua las abejas de lluvia ascienden y marcan un territorio líquido, inicio derramado. El Darro es oculta realidad de río, espada de agua subterránea, vena donde reman los suspiros bajo bóvedas, universo de fotografías cicatrizadas y ceguera de puentes.

Cercano, el Pilar del Toro, baile de estatuas detenidas, torsos desnudos, peces de agua alejándose, fuerza contenida, cabeza de animal y entrañas de nube. La vida es entrega al origen. La Alhambra espera. La tarde dicta su sentencia.

Al caminar por la Cuesta de Gomérez se abren esquinas dormidas. Un antiguo Moisés sostiene dos colinas, Sabika y Mauror. Un crepúsculo de vaho se cuelga en balcones con ropa entreabierto, armaduras de rejas oxidadas, alfileres de hielo, mejillas de cal antigua, atalayas insomnes de tejas, olores de hinojos, hierbabuena y geranios.

Puerta de las Granadas, la piedra invita a contemplar su forma de dique defensivo, antiguamente Puerta de Gomérez, y antes *de las alegres nuevas*, la granada abierta, símbolo de la ciudad, se ofrece como tres deseos frutales de más de quinientos años. Una vez traspasado su peso de sonrisas invertidas, es encuentro de caminos.

En el camino de la izquierda una cruz de mármol se eleva: Cruz del Artillero. Cercano al comienzo de la Cuesta Empedrada, un pilar sencillo gusta de pasar casi desapercibido: el Pilar de las Granadas. Muy pocas referencias se encuentran sobre el mismo, acaso lo que Henríquez de Jorquera escribiera en sus *Anales de Granada*:

En la imperial puerta de la calle de los gomerés ay otra pila con buen caño de agua...

La arboleda envuelve y serena los pasos. Cuando llega el otoño, una milicia de hojas se libera del hechizo que las mantiene presas, alazanes del viento que surcan el espacio en corta vida, eterno fin de alas que es nacer y volver a la tierra con la fugacidad de un suspiro. Y el agua, cuando se derrama victoriosa por la cuesta, parece un desafío de cuarzos transparentes, canales dormidos, dos trenzas despeinándose, confianza de alondras en un vals sonámbulo. Valle de al-Sabika.

Una pausa en el camino, nombre vegetal, adivinanza roja, copa de granito, seta invertida: fuente del Tomate. Cercano, un delineado capricho: el monumento a Ángel Ganivet, la fuerza desnuda del hombre que domina el animal, el carnero detenido en el sueño del surtidor, boca muda que arroja un pedestal de agua, agua que vuelve al agua, y el busto que se eleva regresando del agua, desde las palabras a la mirada perdida, desde el río Dwina hasta *Granada la Bella*.

Pilar de Carlos V. Los ojos vacíos de los mascarones llaman la atención, no los ángeles en su desnudez, los delfines ahogados de aire, las columnas de Hércules, las águilas bicéfalas, las inscripciones antiguas. Son las tres figuras inspiradas en rostros envejecidos, su vigilancia de cejas encorvadas, los extraños huecos de sus miradas, los cabellos ocupados de uvas, los suplicantes lazos de flores, el doloroso murmullo del trigo. Me pierdo en la hipnosis de sus rasgos, estrofas de agua. Jinetes lejanos se alejan en el eco de las herraduras, golpeteo de crines y espuelas sin peso, caballos que buscan saciar la eterna sed del desterrado en los tres ríos de Granada: Génil, Darro y Dauro. Varios niños juegan, ajenos a la ilusión.

En la explanada de nuevo el agua, ofreciéndose al paseante para convertirse en piel, en beso confundido en la garganta, cuenco las manos. Una lápida, colocada con motivo de la celebración del centenario del fallecimiento del autor, revela el nombre de este pequeño pilar: *Granada a Washington Irving (1859-1959)*

En la Puerta de La Justicia, terminada en el año 1348, contemplo, en los dinteles de los dos arcos de su fachada, la llave y la mano que han dado lugar a numerosas leyendas e interpretaciones.

Céntrica Plaza de los Aljibes. En la época árabe era un barranco que dividía la zona militar de los palacios. Después de la conquista de Granada se construyeron los aljibes que dan nombre a este lugar y la plaza sobre ellos que aún perdura. Transparencia en la transparencia, lengua de nieve, frescura de aliento, travesía encendida, confluencia de lágrimas. En la balsa del quiosco la solicitud del naufrago era experiencia de sed saciada.

A la izquierda, las torres austeras y fortificadas de la Alcazaba: Torre Hueca, Torre Quebrada, Torre del Homenaje, Torre del Cubo, construidas en el siglo XVI sobre otras torres derruidas. Destaca la Torre de la Vela, también llamada en otros tiempos de la Campana, proa de un barco que viaja en el aire, marea de azul y olas de blanco por todos los rincones del paisaje hasta llenarse de mares distintos y cambiantes, navegación por un mapa tridimensional. La campana tuvo la función de regular los riegos de la vega (el agua es ahora golpe de azada, fecundación y distan-

cia, lejanía de surcos, precipicio de tierra, sonido de compuertas) y su toque de ánimas, de queda, de alba, de pereza, de peligro, de alegría o de lentitud triste, ha acompañado parte de la historia contemporánea de Granada.

En esta zona castrense extraña la presencia del Jardín de los Adarves, del siglo XVII, que toma nombre de su propia definición: *camino situado en lo alto de una muralla, detrás de las almenas*. Flores, agua, fuentes, arrayán, yedras, todo es romanticismo en este lugar, de una belleza poco común, inmortalizada por Mariano Fortuny en su cuadro *el jardín de los poetas*, y que también dibujó Joaquín Sorolla. La segunda taza que existía sobre la Fuente de los Leones, como testimonia grabados del siglo XIX, en el año 1954 fue desmontada y trasladada a este jardín.

Grabado en piedra, en la Torre de la Pólvora, los famosos versos de Francisco Asís de Icaza: *Dale limosna, mujer, / que no hay en la vida nada / como la pena de ser / ciego en Granada*.

Al contemplar los Palacios Nazaríes vienen al recuerdo el mítico jardín de Iram en el monte de Adén; la misteriosa ciudad de cobre que construyeron los genios para Salomón; el palacio al-Jawarnaq que culminó con el asesinato del arquitecto Sinimmar para que no construyera otro palacio semejante; el palacio de los Alijares y la muerte también de su constructor: *Desde los tuvo labrados, el rey le quitó la vida / para que no labre otros tales al rey de Andalucía* (Romance de Abenámbar)

En estos palacios de la Casa Real, lugar donde se desenvolvía la vida social y privada del sultán, su lenguaje es el ritmo del agua sin fin, la naturaleza respirando, el halo multiforme del sol sobre sus jardines, un monumento en constante ebullición, detenido y distinto en cada segundo, cambiante siempre en su extrema y aparente fragilidad.

De un patio se pasa a una habitación y de allí a otro patio con surtidor o estanque en una inacabable ensoñación de escenarios. En esta órbita de mundos entrelazados está siempre presente el oasis, la vida gira alrededor del agua, la constante de los surtidores fluyendo como música en el desierto. La fuente central, el mármol blanco en el suelo, los zócalos de

azulejos, el yeso y la madera son partes de un mismo ser, los elementos principales que han de repetirse.

Unas palabras del Manifiesto de la Alhambra:

Nuestro respeto al agua debe ser el mismo de los árabes..... Con muy pocas venillas líquidas y con la economía de de las figuras geométricas, se logra el milagro de la frescura y, por añadidura, el encanto de la poesía.

En el Palacio de Comares el deslumbramiento se produce al entrar en el Patio de los Arrayanes, o *de los mirtos*, o *de la alberca*. Ascuas rojas en las paredes verticales de la Torre de Comares, líneas entrelazadas de dimensiones mágicas. El cielo es un temblor de agua, una lámina de silencio que atrapan los pájaros al acercarse a la alberca:

.....

*En los arrayanes el agua,
ardiente y rota el agua
en su ir y venir al viento,
unida en su cansancio
para luego morir en el pico de un pájaro,
salvada de su deseo una sola gota,
un signo de alas
quebrando el silencio.*

.....

(Fragmento del poema *Sala de los Secretos*)

Este patio es poesía mística del aire y del agua, unión de elementos en la sutil perfección de las medidas. Aquí no se contempla, se vive dejándose dominar por el sortilegio del espejismo, reflejo de torres que el viento persigue en las alcobas, incendio de mirtos, sabiduría de Salomón recibiendo a la reina de Saba, cristal fundido con mármol, océano devora-

do por la mañana solar, lago donde duendes vigilan encerrados en almenas de peces, desafíos de adobe recortando el azul, pantalla cambiante de amaneceres, ejército de arrayanes resbalando en lava verde, mediodía con el vientre encendido, antorchas de sol, estucos sumergidos, celosías ocultando el secreto de otra belleza, el número siete multiplicándose de manera esotérica.

Contemplo las dos fuentes, sus contornos de llave comunicando surtidor y estanque, uniendo íntimamente suelo y reflejo, abriendo la puerta a la imaginación de un mundo musical bajo el agua.

En la Sala de los Embajadores o *del trono*, todo es destacable y armonioso. La cúpula representa los siete cielos del Corán. Su altura ayuda a concebir un universo donde las estrellas iluminan la noche del paso sobre la tierra, una estrella central de ocho puntas en el punto más alto, el último cielo, el ojo de Dios.

En las hornacinas que se abren en el arco de entrada al Salón de Embajadores, dos poemas de Ibn Al-Jatib destacan el protagonismo del agua.

*Taca derecha:

.....

*El jarrón que yo contengo, parece un devoto,
cuando en la mezquita reza fervoroso;
mis virtudes perdurarán a través de los años,
como agua para la sed, como socorro para el necesitado,*

*Taca izquierda:

.....

*me parezco al trono de una desposada, y aún le supero,
pues garantizo la felicidad a las parejas;
para quien a mí acude, quejoso de sed,
mi fuente es fluida agua pura, dulce, sin mezcla;*

.....

(*Traducción de M^a Jesús Rubiera)

Si Comares es grandiosidad y espacio abierto, el Palacio del Harén o Cuarto de los Leones es intimidad, oasis limitando el orbe del patio, laberinto en los dedos de la bruma claroscuro para el ensueño, viento atrapado en la recta que se duplica, ciento veinticuatro palmeras de fuego girando alrededor del centro. Mágico sonido, ilusión de paraíso, representaciones astrológicas en los doce leones que vigilan, guardianes del secreto del templo de Salomón donde existía una pila sostenida por doce toros.

*Hay un copioso estanque que semeja
al mar de Salomón,
pero que no descansa sobre toros;
tal es el ademán de los leones,
que están sobre el brocal, cual si estuvieran
rugiendo los cachorros por la presa;
y como manantiales derraman sus entrañas
vertiendo por sus bocas caudales como ríos.*
(Ibn Gabirol, traducción de Elena Romero)

Recuerdo, en este patio, la luna llena, sentado en el precipicio de la belleza, sólo los sentidos, rumores de agua inacabable, únicos y solitarios de dos cuerpos bajo la misma pasión del misterio, íntimas cavernas de leyenda despertando una herida redonda de yeso en el agua de la fuente.

Tallados en el borde de la taza de la Fuente de los Leones doce versos de Ibn Zamrak, un poema siempre inconcluso, forma geométrica de interminable longitud que vuelve a repetir una y otra vez su letanía labrada, meditación de agua, eternidad que trasciende el sentido material de su origen, oración perfecta que gira sobre si misma en un libro que en verdad es infinito, palabras convertidas en arquitectura:

.....
*La vista se confunde: ¿Qué es lo que fluye?
¿Acaso es el mármol o es el agua?*

*¿Acaso no veis cómo el agua corre por los bordes
y luego se oculta por los sumideros?
Se asemeja a un amante cuyos párpados están llenos de lágrimas,
pero las oculta para que no le delaten.*

.....

(Traducción de M^ª Jesús Rubiera)

La visión de este patio dividido en cuatro partes por canales y en el centro el surtidor supera su propia función estética, representación de la montaña que se encuentra en el centro del universo, brújula y reloj de sol, calendario y mapa zodiacal. La cruz mágica se extiende a las habitaciones de la Sala de los Abencerrajes, Sala de las Dos Hermanas, Sala de los Reyes y Sala de los Mocárabes.

En la Sala de las Dos Hermanas el agua de la fuente central se confunde con el mármol para reflejar la cúpula de mocárabes del techo, una de las más perfectas en su género; sus piezas se engarzan para representar el universo, así lo da a entender el poema de Ibn Zamrak que se inscribe en las cuatro paredes que delimitan esta sala.

Bajando al patio de los Cipreses o de la Reja, la fuente central invita a la reflexión. Se accede desde allí a uno de los lugares más destacados de la vida árabe: los Baños, lugar de descanso y de placer, de purificación y limpieza, de ritual y sensualidad, el abrazo del agua como símbolo de vida. En las lumbreras del techo el sol se adelgaza para descender creando siluetas de estrellas; una danza de fantasmas luminosos y etéreos busca el espíritu del vapor de agua.

Al salir de los baños, en el centro del patio de Lindaraja, nombre de una bella mora que floreció en la corte de Mohamed el *Zurdo*, hija del alcaide de Málaga, una gran fuente de mármol vuelve a unir poesía y agua con una inscripción de Ibn Zamrak:

.....

*Mi agua es perlas fundidas, que por hielo
ves correr (tenlo a grande maravilla),*

*y, por diáfana el agua, a través suyo,
ni un instante desaparezco.
Se diría que yo y el agua pura
que contengo y por mí se desparrama
masa somos de hielo, que una parte
se fundió, y otra no se funde.*

.....

(Traducción de Emilio García Gómez)

Más allá, cercanos y distantes, esperan los Jardines del Partal donde el agua es quietud geométrica, no manantial y círculo, pero este será un nuevo paseo por los itinerarios del agua...

Río dorado

JUAN VELLIDO

MUCHO ANTES de que yo descubriera que la palabra “bate” da nombre a un palo, más grueso por el extremo libre que por la empuñadura, con el que se atiza a la pelota de béisbol; incluso mucho antes de comprender lo que era el béisbol, aún niño, yo interpretaba por “batear” buscar oro, ejercitar ese rito y doctrina, ya en desuso, con que los mozos y los vecinos de la ribera del Darro, desde Jesús del Valle a Plaza Nueva, se arremolinaban, como legión armada de azafates y palas, en las aguas cristalinas del río para buscar la fortuna de un día y, quién sabe, si la plétora de felicidad y abundancia que solo el azar deparaba a algunos elegidos, los que hallaban una pizca de oro entre la arena cernida en la batea, el recipiente a modo de canasta con que los buscadores de ese metal precioso blando, de color amarillo al que los latinos llamaron “aurum” (brillante al amanecer) lavaban la arena del lecho del Darro en la certidumbre de la gozosa ventura que traían aquellas aguas.

El bateo se practicaba también en el río Genil, siempre en las estaciones más secas, antes de las lluvias de los últimos días del otoño, pues el río Darro, aunque modesto, arreciaba con caudalosas y violentas aguas cuando la tormenta se agigantaba en las montañas.

Aquel niño, para el que las orillas del río eran los confines del Universo, desafiantes, como inmensos cortafuegos imposibles de traspasar, salvo por el rudo puente de troncos y cuerdas que unía el Molino del Lagarto con la Finca de los Juanes, a poco menos de trescientos metros de la finca en que nació, observaba cada día a los perseguidores de sueños, inclinados sobre el caudal fluyente, en los lugares donde el agua se hacía mansa y apenas cubría más arriba de los tobillos. Nunca perdían la fe. Y una y otra vez hacían hoyos en el lecho del río, llenaban de arena sus bateas y volvían a empezar. Todos ellos en constante movimiento, cribando la arenilla, como los elegidos de una inefable atalaya, que en un acto de oscuras alquimias desbrozaran el fruto, afinaran sus pensamientos, se mostraran alertas en sus acciones, avizores de la futura recompensa que habría de depararles aquella bandeja de la que caía el agua, primero impetuosamente, luego como un lloro que va menguando. Eran oteadores de tesoros en aguas limpias.

Oro regalado

El regalo de aquel río dorado, el Darro, el afluente del Genil que debe su topónimo a un cauce rico en oro, por el que los romanos lo nombraron "Dauro", de "Dat aurum" ("da oro"), según dejó escrito en el siglo XVI el historiador siciliano Lucio Marineo Sículo, quien después de su etapa de profesor de lenguas y literaturas latina y griega en Palermo impartió clases en la Universidad de Salamanca, para ser nombrado más tarde cronista y capellán de Fernando el Católico. Aquel profesor humanista, que se interesó por la historia y la geografía de España, según puede leerse en sus crónicas y epistolarios, se enamoró del Darro, cautivado por su enigmática exuberancia, su cautelosa música, su impenetrable secreto, sus aguas de oro.

Nacido de dos manantiales en Huétor Santillán, el Darro cubre su lecho de los nacimientos de Cala de los Mármoles y Fuente de la Teja en la Sierra

de la Alfaguara. Y luego mana caudaloso y anónimo, trabado ya, hermanado al río Beas. Corto y sin historia, el Darro, casi en secreto, ignorado, recorre y riega las huertas de Jesús del Valle y el Camino del Monte hasta Granada. En ese trecho del valle, de apenas tres o cuatro kilómetros, los buscadores de oro lo rastrearon, lo examinaron, palparon su rambla de piel agrietada, tantearon su cauce, presagiaron el hallazgo de sus diminutas simientes, y lo aclamaron como un salvador que no cesa en su fecunda dádiva. Todo el día hurgando en sus aguas; múltiples manos acariciando el río, como las mujeres en la vieja fábula del lavadero de ropa; la misma metáfora de lo que reluce y se purifica en el agua, sean vestidos u oro, cuerpo o alma. Y luego, a la caída de la tarde, arracimados alrededor de las lumbres, en los incipientes otoños ocres de la ribera, exuberante, pletórica de frutos y cantos.

Los romanos indagaron ya aquel ancho torrente y buscaron el maná dorado, quién sabe si también arremangados, batea en mano, desde Jesús del Valle hasta su desembocadura en el Genil del gran valle, mucho antes de que sus aguas nutrieran la Alhambra y la Granada musulmana lo acotara entre el Paseo de los Tristes y el Albaicín, ya cruzado de una docena de puentes e historiado de siglos de leyendas moras y cristianas. Con dos calles nombradas: la Acera del Darro y la Carrera del Darro. Y, en medio, el río embovedado, como si en sus entrañas se guardara de la luz del sol, desde Plaza Nueva hasta el Genil que lo acoge más allá de Puerta Real, en el puente que construyeron los ziríes sobre un Paseo del Salón que ya se abre a la vega de Granada.

El niño, que observaba a los buscadores de oro frente a Jesús del Valle, jugaba cada tarde a los ruidos del río, y cada tarde el agua dorada se tornaba cambiante y huidiza con los últimos rayos de luz. Y entonces repiqueteaban múltiples músicas, como un inabarcable recital de sonos indescifrables. Allí aprendió el chiquillo que los ruidos del agua, como las palabras, contienen significados emocionales y nos seducen con sus cánticos rítmicos, con sus polifonías, sus brincos, su armónica danza. Porque el agua camina despacio o trota; fluye mansa, arrecia, se desboca, se vuel-

ve indomable e inunda los prados; y otra vez, como el ser humano, se apacigua y vuelve a su cauce. El agua es caprichosa, tornadiza, mudable, hace piruetas en su lecho, ora lo abraza, ora lo rechaza; titubea, se muestra firme, salta, ríe, se nos antoja bulliciosa. Y otra vez se retrae, huidiza, mustia, atribulada. El torrente, como el ánimo del ser humano, nos da la vida y nos la apaga.

En el río Darro el agua a veces parece que llorara, sujeta en los pequeños obstáculos que el manantial encuentra a su paso y luego, libre, se precipita y cae. Se vuelve sinuosa, rodea las piedras del cauce y a menudo se desparrama en el valle o viene en riadas, atronadora, amenazante. Cada día y cada año el río mengua y crece, dormita y renace. Y la vida, se diría, existe a capricho de su cauce, ahora seco, luego caudaloso, hasta el punto de que rige la vida de todo el valle, pues aquel río, que en su lecho escondía minúsculas partículas de oro, era entonces también dorado en el fulgor de la vegetación que lo rodeaba. En sus orillas, permanentemente mutantes, en los nacimientos de agua que lo jalonaban, como pequeños volcanes que exhalaban bocanadas de agua, a borbotones.

Para aquel niño que observaba a las ranas y a los gorriones en la orilla, el río era mágico, tenía vida propia y caudal cambiante, alimentaba a los pájaros, a los gatos garduños y a los zorros. Y en sus aguas se deslizaban pequeños peces, renacuajos veloces entre los juncos, las algas y las espadañas.

Pero el río es también abundancia a su paso: es frutales y huertos y plantas silvestres y flores. En otoño, las hojas y los frutos caen despacio y el agua los arrastra, como si alguien los estuviera esperando más abajo, en algún recodo. Los álamos, los nogales, las cerezas, las almendras; los frutos de la higuera, del azofaifo, del membrillo, de la zarza, del acerolo, del avellano, del majoleto, del almechino, del granado, del endrino, del serbo, del caqui. Un ritual de colores interminables, tamizados por el agua. Otra vez mágico, el río es portador de simientes que darán lugar, metros o kilómetros más abajo, a nueva vida, a nuevas plantas, a nuevos árboles.

Para aquel niño, nacido en la ribera misma del río Darro, el agua era parte de su paisaje y de su recuerdo de la infancia; y ahora acota su pequeña historia, da quietud a su horizonte y equilibra, en calma, cada trance, cada época, como si así se diera sentido a la memoria.

Allí, en la vaguada, el agua es un sendero que, como un tributo de la naturaleza, delimita los valles, da forma a los campos, se erige en frontera y a la vez en puerta de entrada de las ciudades y los países. El río ha sido históricamente cauce de conquistadores e invasores; del mar al río, del río a las más altas cumbres. Confín y principio. Memoria y alma.

El río, génesis y confín

El Darro ha conformado un paisaje diminuto que se estampa en el Genil, y este a su vez configura la Vega de Granada, y de aquí al Guadalquivir que recalca en el mar, después de ensanchar su lecho por miles de afluentes, torrentes populosos unos, apenas hilillos de agua otros; célebres algunos, anónimos casi todos. El río como símbolo de la vida, como génesis y confín, como catalizador de todos los universos posibles. Y el Darro como alegoría de Granada, río romano y árabe, nutrido de pequeños regatos acaso venidos de las altas cumbres nevadas, en finísimos hilos insignificantes. Río que nutre los canales y acequias que riegan los vergeles y huertos de la Alhambra; agua que recorre en un murmullo constante los jardines y patios nazaríes, y reposa, mansa, en los estanques: en el Partal, en Lindaraja, en la Escalera del Agua, en Comares, en la Sultana; agua que avivó las leyendas de moros y cristianos, agua de las princesas que sedujeron a los sultanes, agua que dio vida a los baños árabes y sublimó los cuentos de princesas cautivas y emires malvados.

Agua de primavera y de otoño; de colores de cobre; de azules y de blancos hirientes; agua helada en cristales poliédricos, en los inviernos más fríos del sur de España; Agua de un río de oro que esconde en sus entrañas el tesoro más anhelado por el ser humano. Agua de música en Granada.

La primera vez que aquel niño nacido en la ribera del Darro salió del entorno de Jesús del Valle fue para ir a la Alpujarra. Acababa de comenzar

el invierno. Lo acompañaba su abuelo. Al llegar a Capileira el niño observó cómo las nubes estaban a ras de suelo. Parecían enormes algodones sobre los que caminara. Podía pisarlas en la carretera.

Pregunté a mi abuelo si todas las nubes en la Alpujarra eran así, errantes sobre los caminos, como si quisieran que la gente las tocara. Entonces el viejo orgiveño de antepasados castellanos me contestó por lo bajito, como si desvelara un secreto inconfesable: “¿Sabes?, estas nubes son del vapor de agua que desprende el río Darro. Llegan aquí para acompañarnos. Y están tan bajas porque les pesa el oro que transportan en sus entrañas.

Bajo el paraguas

Siempre me fascinó la lluvia. Me gustaba ver llover en el río. Agua sobre agua. Mi madre me dejaba un paraguas negro, viejo y grande; enorme, que había sido de mi padre hasta que un día de vendaval aquel paraguas perdió el mango de madera. Entonces alguien le colocó un trozo de rama de cerezo a modo de empuñadura. Y allí se quedó para ser usado en la huerta.

Cuando llovía, yo corría a la orilla del río, provisto de mi paraguas de tosca empuñadura de cerezo y allí, junto a un fresal que mimaba mi abuela, me sentaba en un tronco viejo y ahuecado. Me quedaba entonces deslumbrado, cautivo del agua. Era otro universo. De pronto, los colores se tornaban opacos, la luz languidecía, los gorriones se ocultaban, cambiaban los tonos y los ritmos y las músicas del agua. Y cambiaba el humor y el ánimo de los pájaros, de los peces y de los renacuajos.

La lluvia hacía burbujas en el agua, arrastraba la arena de la orilla, creaba surcos sinuosos, avasallaba a los minúsculos insectos, arrasaba los hormigueros; las lagartijas corrían a esconderse, los topos huían. Y así cambiaba poco a poco el paisaje y la faz del río. Ahora el agua, turbulenta y barrosa, arrollaba todo cuanto encontraba a su paso.

Yo lo veía todo desde la orilla derecha, pues el curso del Darro corre en dirección Este-Oeste, buscando el cauce del Genil, que acaso transcurra en la misma dirección, buscando el caudal ancho y profundo del Guadalquivir, el río vecino y grande que nace en la Sierra jiennense de Cazorla y muere

manso en la gaditana Sanlúcar de Barrameda. Al Guadalquivir lo nombró Góngora: “ ¡Oh gran río, gran rey de Andalucía!, de arenas nobles ya que no doradas!”

Y desde aquella ribera derecha los niños construíamos nuestras propias pozas para bañarnos, como curiosas albercas cristalinas en las que el agua calmaba su curso y se amontonaba plácidamente para darnos un lecho frío en el que más que nadar chapoteábamos, pues nunca la máxima hondura sobrepasaba un metro de profundidad. Así, poco a poco, colocábamos en uno de los apacibles meandros del río las piedras que encontrábamos en la orilla y algunos troncos, y pilas de arena, hasta construir la que para nosotros, chiquillos, era una extraordinaria presa, una minuciosa obra de ingeniería, que nos serviría de estanque hasta que un próximo vendaval de otoño y su incontenible caudal desbocado lo derribara como un castillo de naipes en una tormenta. En otoño era traidor el río. Y se llevaba por delante, embravecido, reses de ganado, árboles arrancados de cuajo y grandísimas rocas arrastradas por el agua. Nunca en esa estación del año, las riberas del río eran buena compañía.

Luego, otra vez con la primavera, volveríamos sobre nuestros pasos y reconstruiríamos de nuevo piedra a piedra aquella frágil balsa de niños, en absoluto comparable a la que fabricaban los adultos, cuasi perfectas albercas las de ellos, con inmensos troncos y grandísimas piedras arrimadas con la ayuda de mulos de arado. Por eso, uno de nuestros anhelos era crecer, convertirnos en adultos para manufacturar grandes balsas, tan perfectas y resistentes como las que hacían nuestros padres, capaces de perdurar durante años, incluso resistiendo los embates de las tormentas. Y ya nos imaginábamos, en nuestros sueños de niños, maestros de obras de una gran balsa, inconmensurable, como un gran lago manso de aguas limpias.

Aquellas pozas del Darro se convertían, así, en nuestro cobijo durante los calurosos días del verano. Allí pasábamos horas y horas. Y allí transcurrió, jubilosa, una buena parte de nuestra infancia. En aquella ribera derecha del Darro construíamos una cabaña de troncos y ramas que amarrába-

mos con cuerdas y espartos a los árboles. Era nuestro refugio, un lugar de encuentro de los niños que frecuentábamos aquellos lugares.

Las primeras charlas preadolescentes, los primeros descubrimientos de pubertad, las primeras preguntas, la percepción de lo sensual, el primer beso ocurrieron acaso en aquellos encuentros junto al río. El agua, así, nos descubrió desnudos, reveló nuestros primeros anhelos, nos concitó vulnerables ante nuestros deseos. El río era nuestro mundo, nuestro pequeño universo. Allí hablábamos y nos comportábamos en libertad. Nadie nos miraba, nadie nos oía. Así nos sorprendió la vida.

Muchas décadas después supe que Paul Newman, uno de los mitos de mi juventud cinéfila, vivió sus últimos años en una cabaña de cedros y cultivó flores en un campamento de Connecticut, el antiguo valle de Río Largo, aquel sí, un río ilustre e histórico, donde había fijado su residencia. Y supe que Paul Newman en su vejez se había reconciliado con la naturaleza. Y en aquel lugar halló la paz, y la muerte, en una granja construida con troncos de cedro, al abrigo de un espeso bosque y del gran valle que dio nombre al primer estado de Norteamérica.

Me dije, entonces, para mis adentros, que el espíritu de aquel actor, estrella de Hollywood, hombre de ojos luminosos, se resume, como un símbolo, o una metáfora, en aquel retiro, en la cabaña del bosque de cedros donde el protagonista de “El efecto de los rayos gamma sobre las margaritas”, se procurara un plácido refugio, pues quizá pocos actores de la Meca del Cine fueran tan llorados, tan aplaudidos, tan galanes, tan de ojos azules, como lo fue el Paul Newman que eligió para su últimos años las flores y la paz junto a las aguas tranquilas o turbulentas en el estado de Connecticut, en una cabaña del viejo valle de Río Largo.

Y me pregunto ahora –ya todo tan lejano– si en cada ser humano no habrá un río, unas aguas en calma o turbulentas; si no habrá un cauce y unas riberas y un norte o un camino inefable que unas veces te lleva mansamente, otras te arrastra, te envuelve, te inunda, te arroja a otra orilla, te descubre a la vida, y decide tu destino.

Ella entró por la ventana del cuarto de baño

JOSÉ ANTONIO LÓPEZ NEVOT

FUE LARDELLI quien llamó para comunicarme la inesperada muerte de Ricardo Aulestia. Después de dudarlo mucho, decidí asistir al funeral. Llegué tarde a propósito, pues conforme pasan los años sobrellevo con menos paciencia las ceremonias religiosas. Cuando penetré en la iglesia, el cortejo fúnebre avanzaba solemnemente hacia la puerta por el pasillo central. A la cabeza marchaba Irene Aulestia, sosteniendo la urna con las cenizas de su hermano mellizo. Aunque nuestras miradas se cruzaron sólo un instante, volví a sentir la inefable turbación que siempre me había asaltado en presencia de Irene. El tiempo apenas había ultrajado su belleza, sutilizada ahora por el dolor y el luto. No sabiendo muy bien qué hacer ni qué decir, me acerqué apresuradamente a una pila de agua bendita, donde humedecí las yemas de los dedos. Alguien posó entonces una amigable mano sobre mi hombro. Al volverme reconocí a Lardelli. Salimos juntos de la iglesia.

En el atrio, Lardelli me reveló algunos pormenores: Ricardo había muerto lejos, en una ciudad extraña, en circunstancias aún no esclarecidas. La policía, alertada por los vecinos, encontró el cuerpo en la bañera de su casa, días después del fallecimiento, sin signos de violencia, pero notablemente desfigurado tras haber permanecido tanto tiempo bajo el agua.

—¿Vivía solo?

—Aparentemente, sí.

Me despedí de Lardelli. Mientras volvía a casa siguiendo la ribera del río, rememoré los años de la Universidad. En aquella época, Lardelli y yo envidiábamos la suerte de Ricardo Aulestia. Era, sin duda, el mejor alumno de la clase, acostumbrado a obtener, curso tras curso, y sin visible esfuerzo, las máximas calificaciones. Por entonces, Ricardo gozaba también de fama de seductor, merced a la larga sucesión de conquistas amorosas que se le atribuían. Pero sobre todo, le envidiábamos por El Terreno, una finca de recreo familiar ubicada en las afueras de la ciudad, justo en el límite donde empezaban los campos de labor. A pesar de su humilde nombre, El Terreno albergaba una piscina, una pista de tenis y una lujosa edificación de madera con forma de paralelepípedo rectangular, audazmente diseñada por el padre de Ricardo, el célebre arquitecto Carlos Aulestia, y provista de todas las comodidades imaginables. Una de las habitaciones, dedicada a salón biblioteca, atesoraba una valiosa colección de libros de arte que, en mis visitas a la finca, nunca dejé de ponderar. Desde allí, y a través de una pared acristalada, podía contemplarse la piscina.

Una mañana de julio, después del último examen de la licenciatura, Ricardo me invitó a pasar el fin de semana en El Terreno. Sin poder ocultar el placer que me procuraba aquella invitación, le pregunté si podría llevar conmigo mi polaroid. Claro, ¿por qué no?, me respondió. A modo de excusa, le aseguré que por entonces me hallaba estudiando la obra pictórica de David Hockney, especialmente su serie de piscinas californianas, y que para mí sería una verdadera oportunidad fotografiar el pequeño lago oval,

aquella líquida gema engastada en el oasis de El Terreno, y alimentada por un manantial de aguas cristalinas. Más tarde, añadí, en mi estudio, trasladaría al lienzo las imágenes captadas por la cámara. Pero mi secreta intención era fotografiar el cuerpo de Irene Aulestia en la proteica variedad de sus movimientos acuáticos.

Cuando el sábado por la mañana llegué a El Terreno, salió a recibirme el propio Ricardo, quien, al parecer, se hallaba completamente solo en la heredad. Aquella circunstancia supuso para mí una pequeña decepción, aunque luego comprendí que lo había dispuesto así para que yo pudiera disparar mi cámara a mis anchas, sin presencias inoportunas. Recuerdo que desde el interior de la casa llegaba una música: eran las voces de The Byrds salmodiando *Turn! Turn! Turn!*, la vieja canción de Pete Seeger, inspirada en las palabras del Eclesiastés: *Para cada cosa hay una estación, y un tiempo para cada propósito bajo el cielo: Un tiempo para nacer, y un tiempo para morir; un tiempo para plantar, y un tiempo para arrancar lo plantado; un tiempo para matar, y un tiempo para curar; un tiempo para destruir, y un tiempo para edificar.* Después de dejarme fotografiar la piscina desde todos los ángulos posibles, Ricardo, vestido ya con su traje de baño, me llevó junto a una cercana mesa al aire libre, dispuesta con todo lo necesario para un ágape campestre, y llenó dos copas de un vino blanco muy frío. Bebimos en silencio. De pronto, Aulestia abandonó su copa sobre la mesa y me urgió:

—Ven, quiero mostrarte algo.

Seguí a Ricardo hasta un prado cubierto de césped, separado de la piscina por una hilera de cipreses. En medio del prado distinguí una tabla cuadrangular que enmarcaban montículos de tierra removida. Aulestia se arrodilló y levantó la tabla, diciéndome:

—Lo descubrí por casualidad hace unos días, cuando buscaba una pelota de tenis.

¿Qué era aquello? Al principio, mis ojos sólo distinguieron unas manchas borrosas en el suelo. Ricardo deslizó entonces la mano sobre la su-

perficie excavada para retirar suavemente la película de ceniza que la cubría: aquello era un mosaico antiguo, razonablemente bien conservado, del que apenas se habían desprendido algunas teselas. En el centro podía distinguirse nítidamente la imagen policroma de una nave, que identifiqué con *Argo*, en cuya cubierta se discernía a Jasón y sus compañeros de viaje, los argonautas. En torno a la escena central y en cada uno de los cuatro ángulos, se hallaba representada la figura de una náyade. Fascinado, quise correr en busca de mi cámara, que había dejado sobre la mesa, pero Ricardo me detuvo con un gesto. Le dejé hablar:

—Mi padre siempre sospechó que El Terreno se hallaba en las cercanías de una antigua *villa* romana. Ahora sé que la *domus* se alzaba en el corazón mismo de El Terreno. Hace unos días, jugando al tenis con Irene, mi hermana lanzó la pelota fuera de la pista, vine aquí a buscarla, y advertí algo extraño en el césped. Seguramente un animal había removido la tierra, dejando al descubierto un fragmento del mosaico.

—¿Lo saben tus padres?

—No, ni tampoco Irene. Tú eres el primero en saberlo: quería conocer tu opinión de experto.

Ya iba a responder a tan halagadoras palabras, cuando oímos el runrún del motor de un vehículo.

—Es Irene con dos de sus amigas. Ni una palabra a nadie sobre lo que has visto.

—Confía en mí.

—Luego hablaremos.

Muy pronto llegó hasta nosotros el eco de voces y risas femeninas. Cruzamos la hilera de cipreses y volvimos a la piscina. Ricardo llenó de nuevo las copas de vino. Al poco, Irene y sus amigas Lucía y Virginia salieron de la casa ataviadas con sucintos biquinis. Las saludé con un leve, tímido movimiento de mi mano. Si era incapaz de dirigirle unas triviales palabras de cortesía, pensé, ¿cómo iba a hacer acopio del coraje necesario para fotografiar a Irene? En el mejor de los casos, podría obtener una

instantánea del grupo de amigas, una de esas anodinas fotografías que pueblan los álbumes familiares.

Irene se acercó a nuestra mesa y me preguntó sonriendo:

—¿No te pones el bañador?

—Ah, sí —respondí, sintiendo cómo un patético rubor afluyó a mis mejillas.

Me dirigí al interior de la casa. Pero la puerta del cuarto de baño se hallaba cerrada. Extrañado, llamé suavemente con los nudillos. Nadie respondió. Aguardé en el pasillo uno, dos minutos, no sabría precisarlo con exactitud. La puerta se abrió al fin para dejar paso a una adolescente en biquini, de largos y ondulantes cabellos oscuros, quien después de mirarme intensamente a los ojos en silencio, se deslizó con inusitada celeridad hacia el exterior. Al entrar en el cuarto de baño observé que la ventana se hallaba abierta, dejando a la vista un fragmento del jardín. Qué aire más húmedo, pensé mientras cerraba la ventana. Empecé a desnudarme. A medida que me despojaba de la ropa, el espejo me devolvía crueles instantáneas de ese cuerpo que con el tiempo he aprendido a aceptar como el mío: los hombros vencidos, los brazos demasiado largos, la deprimida caja torácica. Aterido, y no pudiendo soportar un instante más la contemplación de mi cuerpo desnudo en aquel gélido cuarto, me puse el bañador y salí al pasillo, no sin antes cubrirme los hombros y el pecho con una púdica toalla. Sabía que al fondo me aguardaba la belleza de unos cuerpos palpitantes bajo el sol del mediodía, y ello, lejos de seducirme, me procuraba una oscura desazón.

Deslumbrado por la luz cenital, permanecí unos instantes inmóvil junto al borde de la piscina, sin desprenderme de la toalla. Luego vi zambullirse a las cuatro mujeres. Observé que Irene, Lucía y Virginia nadaban a flor de agua, mientras que la muchacha de la oscura cabellera prefería bracear sumergida. Hubiera deseado captar con mi cámara el sensual movimiento de su cuerpo, ágil como el de una anguila, bajo la red de luz que cabrilleaba en la superficie. Pero lo que hice fue buscar la compañía

de Ricardo, quien seguía sentado a la mesa, taciturno y bebiendo vino sin cesar. Cuando me senté a su lado, apenas respondió a mi saludo. Su rostro, bañado en sudor, parecía el de alguien absorto en insondables pensamientos. ¿Por qué no quería seguir hablando de su hallazgo arqueológico? Quizá debía darse un chapuzón. Él no tenía un cuerpo del que avergonzarse, su bronceado torso era digno de un antiguo atleta griego. De súbito, Aulestia emergió de su ensimismamiento para mirar con inquietud hacia la piscina. Yo hice lo mismo: Irene, Lucía y Virginia salían del agua y se aproximaban a nosotros, envueltas en sus toallas de baño.

—¿Queda algo de vino?

—Sí, claro —respondí a Irene, mientras exhumaba nerviosamente una botella de su sepultura de hielo y buscaba tres copas vacías.

Impensadamente me veía rodeado de las tres muchachas, sirviéndoles vino y las viandas preparadas para la ocasión, y convertido en el blanco de sus bromas. Pero no me importaba.

—¡Has traído tu polaroid! ¿Puedes hacernos una fotografía?

Obediente a la súplica de Irene, oprimí el disparador y, al cabo de unos minutos, la instantánea circulaba alegremente entre las manos de las amigas. Una fotografía para el álbum familiar.

Al principio, nadie echó en falta a Ricardo. Luego, Irene preguntó por su hermano. Alcé la vista y observé cómo se sumergía en la piscina. Seguramente, pensé, Ricardo prefería nadar junto a la muchacha morena, aquella desconocida a quien no le resultaría difícil seducir en el agua. ¿O ya la había seducido? Lo cierto es que, transcurridos unos minutos, ambos salieron de la piscina y se encaminaron lentamente hacia la casa. Ella se cimbreaba como un tallo salvaje mecido por el viento. Antes de desaparecer en el interior de la vivienda, se volvió para dirigirme una mirada que aún no he olvidado. Me sonreía, sí, pero algo imprecisamente ominoso y hostil se insinuaba en aquella sonrisa. Sin perder un segundo, alcancé la polaroid, enfoqué y disparé la cámara una, dos, tres veces. Ella me dio la espalda y siguió caminando junto a Ricardo.

Era la perezosa hora de la siesta. Irene, Lucía y Virginia yacían tendidas lánguidamente en sus hamacas junto a la piscina. Entonces decidí examinar las fotografías que había tomado de la muchacha morena. Me bastó una ojeada para desear no haberlas tomado nunca, ni haber sido testigo accidental —o quizá necesario— de aquel encuentro abominable. Rasgué las fotografías en minúsculos pedazos, y los quemé sobre el cenicero. Luego llené mi copa de vino y la apuré de un trago.

Empezaba a oscurecer cuando me despertaron las voces estridentes de unos recién llegados. Irene y sus dos amigas les recibieron alborozadas: eran tres joviales muchachos, vestidos con vaqueros y camisetas y calzados con zapatillas deportivas, dispuestos, al parecer, a pasar la noche en El Terreno. Poco después, todos ellos se zambullían en la piscina, mágicamente iluminada por focos interiores.

Comprendí que mi papel en aquel drama había concluido. Sin despedirme de nadie, abrí discretamente la cancela y salí al camino que conducía a la ciudad. Mientras me alejaba de El Terreno entre dos luces, repetía para mis adentros las palabras del Eclesiastés: *Para cada cosa hay una estación, y un tiempo para cada propósito bajo el cielo: Un tiempo para nacer, y un tiempo para morir; un tiempo para plantar, y un tiempo para arrancar lo plantado; un tiempo para matar, y un tiempo para curar; un tiempo para destruir, y un tiempo para edificar.*

Jamás volví a ver a Ricardo Aulestia. Ignoro si lo sucedido aquella tarde de julio influyó en el carácter de Ricardo, aunque, a partir de entonces, dejó de ser quien solía para trasmutarse en otra persona. El hijo del célebre arquitecto Carlos Aulestia, destinado a sucederle al frente de su estudio, emprendió un rumbo a la deriva que le apartó fatalmente del camino previsto. Alguien habló de metamorfosis, pero quién puede saber nada con certeza. Ni siquiera yo, pensé mientras caminaba a lo largo de la ribera del río, podía estar seguro de lo que habían visto mis ojos.

Días después de la muerte de Ricardo, un deseo inexplicable me impulsó a visitar El Terreno. Por entonces, la familia Aulestia, arruinada, había vendido la finca a una inmobiliaria. Comprobé que la lujosa casa de madera había sido desmantelada pieza a pieza, los árboles arrancados de raíz, y los jardines, devastados. Una viscosa y maloliente capa de verdín cubría la superficie de la piscina, convertida ahora en una ciénaga. Cuando, aturdido por la contemplación de tanto desastre, alcancé a ver el prado donde tiempo atrás Ricardo me había mostrado el mosaico, una excavadora acababa de devorar con sus fauces metálicas la memoria de Jasón, los argonautas y las náyades.

